

suya esta observación, y, de conformidad con el espíritu de los agentes bíblicos y de los pastores misioneros, sacan de ella la siguiente conclusión: Si los antiguos hubiesen comprado y estudiado los libros sagrados de los judíos, los hubieran ciertamente citados. Pero es el caso que no conocemos dato alguno que nos testifique haber leído una biblia; así, pues, tampoco conocían nada de la religión judía.

¡He aquí una argumentación singular! ¡Como si no hubiese otros medios de propagar las ideas que libros muertos ó periódicos! Según nuestro humilde parecer, y quizás también según los cálculos de las sociedades bíblicas, estos medios son los más costosos, pero también los más infructuosos. Y, según las experiencias de todas las policías del mundo, es cierto que la confiscación de escritos no impide en lo más mínimo la expansión de aquellas ideas que se quisieran prohibir. El espíritu no se fija en el papel.

Sin embargo, contemplemos sin prejuicios el mundo tal cual es, y hagámonos cargo de la situación real de las cosas en la antigüedad.

Nadie negará la influencia poderosa que ejercieron los judíos sobre los egipcios de los más antiguos siglos. La elevada posición de José no podía dejar de ejercerla muy decisiva en las clases elevadas. Dominaba en la Corte; su mujer era hija del Sumo Sacerdote de Heliópolis, centro del sacerdocio egipcio, foco del saber, en donde Herodoto, Platón y Eudoxio hicieron sus estudios. ⁽¹⁾ Sin embargo, es posible que la corta duración de su poder y la dura opresión que le siguió, así como el natural retraído de los egipcios, no ofreciesen ocasión propicia á los hijos de Israel para difundir sus doctrinas; pero lo cierto es que vivieron tanto tiempo en Egipto, y en tal número y con tal influencia, que excitaron el miedo de los indígenas. En este caso, cumplieron su principal misión.

En los siglos siguientes, á causa del robustecimiento

(1) Herod., 2, 3, 1. Diod., 5, 57, 2. Strab., 17, 1, 29. Diog. Laert., 8, 90.

del Estado y de la decadencia religiosa, el Judaísmo, que había llegado al último extremo, no ejerció gran influencia. El pueblo, que, en su primer contacto con el Paganismo, experimentó más mal que bien, fué sometido á larga y dura cuarentena antes de recobrar la salud y de continuar el cumplimiento de su misión.

Sólo puede exceptuarse la época de Salomón. Contábase entonces en su reino 153.600 extranjeros. ⁽¹⁾ Egipto y Fenicia sostenían con él estrechas relaciones de amistad, comercio y parentesco; sus flotas cruzaban los mares y llenaban de admiración á todo el Oriente, tanto que, aun hoy día, es considerado, con Alejandro, como el héroe más célebre de la leyenda oriental. Pero, muerto el Rey Sabio, permaneció ignorado su pueblo mucho tiempo, no volviendo á presentarse en escena hasta principios del siglo VIII antes de Jesucristo. La traslación del pueblo á Asiria y luego á Babilonia, la entrada de los judíos á formar parte del reino persa, sus riquezas, su posición influyente en la Corte, que les atrajo poderosamente la envidia y el odio, la segunda emigración en masa á Egipto, con la fundación de una iglesia judía en Leontópolis, ⁽²⁾ y finalmente la difusión de los judíos por toda la península helénica, debió producir un cambio poderoso de relaciones y doctrinas entre ellos y los otros pueblos. Muchos creen que los judíos fueron entonces instruídos por los pueblos con los cuales se mezclaron; pero esto es falso. Los judíos se transformaron casi repentinamente; y así, es increíble que aceptasen creencia alguna de los pueblos extranjeros, pues mientras que antes se apoderaban con asqueroso afán de todo culto extranjero, hiciéronse entonces cada vez más insoportables, por su tendencia á imponer sus opiniones y por su celo importuno.

(1) II Par., II, 16.

(2) Flav. Josef., *Ant.*, XII, 9 (15), 7; XIII, 3 (6), 1; X (18), 4; XX, 10 (8). *Bell. Iud.*, I, 1, 1; 7, 10 (37), 2. Haneberg, *Geschichte der biblischen Offenbarung*, (2) 435 y sig. Herzfeld, *Geschichte des Volkes Israel*, II, 436 y sig. Schürer, *Neutestament. Zeitgeschichte* (1) 637 J. Winer, *Realwörterbuch* (3), II, 591. Schenfel, *Bibellikon*, V, 483 y sig.

Comparemos ahora este doble rasgo de carácter de los judíos con los de los dos pueblos predominantes en la antigüedad, los griegos y los romanos.

Por un lado, los judíos, con su insaciable tendencia á difundirse por el extranjero y hacer adoptar á los extraños su ideas, gracias á su facilidad para aprender idiomas. Quizás Hug se muestre exagerado al afirmar que los judíos hablaban ya griego en Palestina en tiempos de Jesucristo, pero lo cierto es que á los de clase elevada, especialmente á los saduceos, gustábales mucho hablar griego. La reacción de los Macabeos no cambió este estado de cosas, ya que aquellos mismos héroes entablaron relaciones con Roma y Esparta. ⁽¹⁾ Con la dominación de los herodianos, aumentó todavía el poder extranjero, y todo adquirió el carácter griego y romano. Entraron á formar parte del ejército galos, tracios y germanos; ⁽²⁾ Cesárea era una ciudad griega; ⁽³⁾ las monedas, que desde mucho tiempo atrás llevaban inscripciones hebreas y griegas, ostentaban en el reinado de Herodes Antipas una sola inscripción griega, cuando no puramente romana.

Por otra parte, los griegos, en su deseo no menos insaciable de conocer las costumbres y doctrinas de Oriente, estaban siempre en acecho de algo nuevo, ya fuese fábula, historia ú opinión. ⁽⁴⁾

Desde Solón, no hubo un sabio griego notable, y particularmente un filósofo, que no hubiese recorrido el Oriente, y que no se hubiese instruído en Babilonia y en Egipto. ⁽⁵⁾ ¿Era posible encontrar uno siquiera que no hubiese pensado en los judíos? Verdad es que Lactancio dice que Pitágoras y Platón habían recorrido Egipto, Babilonia, Persia, en una palabra, todo el Oriente, excepto Judea,

(1) Marc., VIII, 1 y sig.; XII, 1 y sig.

(2) Flav. Josef., *Antig.*, XVII, 8 (10), 3.

(3) *Ibid.*, *Bell. Iud.*, III, 3, 9 (28), 3.

(4) Act. Apost., XVII, 21. Tucídides, I, 70, 2. Dicearco, *Athen. fragm.*, I, 2, 4 (Müller, *Geog. Grieg.*, I, 98 y sig.) Plutarco, *Gloria Athen.*, 6; *De garulit.*, XIII.

(5) Diogen. Laert., *Præf.* Cf. Lucian., *Fugitiv.*, 69, 8. Cf. más arriba, I, 5.

por cuanto la Providencia Divina no quería que los paganos conociesen la verdad antes del tiempo señalado. ⁽¹⁾ Pero ¿cómo esto hubiera sido posible? Aun cuando alguno hubiese querido deliberadamente evitar el contacto con el pueblo depositario de la Revelación, ¿cómo hubiera podido ir de Babilonia á Sais sin tropezar con los judíos? ¿No estaba situado su país en el camino de las grandes carabanas ⁽²⁾ de Egipto á Asia, y abierto por todos lados, hasta el punto de que Ezequiel diga que «quedaban derruidas las puertas á la concurrencia de las naciones?» ⁽³⁾ Galilea especialmente, ya desde los tiempos de Isaías, llevaba el nombre de *tierra de los gentiles*. ⁽⁴⁾

Difícil es comprender cómo se formó la opinión de que los judíos vivían aislados del resto del mundo. En general, mientras los escritores se ocuparon en la antigüedad, no desde el punto de vista de su vida, sino simplemente del de las lenguas que se estudiaban por sí mismas, prevalecieron las más extrañas ideas sobre los tiempos que precedieron á Jesucristo; y así, hasta una época no muy alejada de nosotros, se consideraba como dogma inquebrantable, la opinión de que los antiguos no habían hecho ningún viaje, ni se preocuparon en lo más mínimo de las costumbres y doctrinas de los extranjeros, como si la literatura no probase lo contrario. Pero desde que se formularon opiniones más exactas sobre este punto, no es posible excluir al pueblo judío, con sus doctrinas, del movimiento general de la civilización, ya que ningún otro pueblo se impuso en el mismo grado que él á los demás.

Pero si recordamos el carácter propio de los romanos, los cuales nunca tropezaron con un pueblo, cuyos dioses no se apropiasen ó aceptasen algunas de sus costumbres religiosas, imposible será admitir que hiciesen de los judíos una excepción.

(1) Lactanc., *Inst.*, 4, 2.

(2) Gen., XXXVII, 25. Matt., X, 6.

(3) Ezeq., XXVI, 2.

(4) Joh., IX, 1; Matt., IV, 15.

Por un lado, la Palestina era romana, pues los romanos sabían establecerse sólidamente en las provincias vencidas, y prueba de ello es el cambio de nombre de muchas ciudades del hebreo al griego ó romano, como Betsaida en Julia, Rabbath-Ammon en Filadelfia, Ar Moab en Areópolis, y otras que tomaron puros nombres paganos, como Legio, Pella, Daphne, Dión, Ptolemais, Hippos, Cesárea, Filipos y Cesárea de Palestina. Los recaudadores de contribuciones romanos llevaron consigo una verdadera colonia de extranjeros.

Por lo contrario, y de ello pronto tendremos que convencernos, el Imperio Romano era, sin exageración, una colonia judía. ⁽¹⁾

Fácilmente pueden comprenderse así las relaciones de que hablábamos últimamente, existentes entre el modo de pensar de los paganos y las ideas provenientes de la Revelación del Antiguo Testamento. La vida común con los judíos debía necesariamente producir este efecto.

En ello debemos ver la manera admirable cómo Dios gobierna al mundo. Dios ha dejado que los grandes pueblos civilizados de la antigüedad siguiesen por sí mismos sus propias vías. Abandonados á su peculiar desenvolvimiento, elevaronse hasta cierta altura, más allá de la cual no pudieron subir. Pero en el momento en que alcanzaron la cima de su poder nacional y el punto culminante de su floración, pusieronse en contacto con los judíos, ⁽²⁾ ó, para hablar con más exactitud, los judíos fueron trasplantados en medio de ellos.

Con sus dos inclinaciones naturales inborrables, á saber, su instinto de expansión sobre la tierra y su tenacidad en adherirse á todas partes, como el orín al hierro, el pequeño pueblo judío, gracias á su fecundidad inagotable, penetró en todos los antiguos pueblos civilizados del mundo

(1) Haneberg., *Geschichte der biblischen Offenbarung*, (2) 425-439. Friedländer, *Sittengeschichte Roms*, (1) III, 507 y sig. Schürer, *Neutestamentliche Zeitgeschichte* (1) 620 y sig. Champagny, *Rome et la Judée*, (4) I, 122 y sig.

(2) Cf. Josephus, *C. Apion*, 1, 12.

entero. Del mismo modo que el viento del mediodía, cuando sopla sobre las montañas, penetra todas las capas de aire, se hace sentir en todos los rincones de las habitaciones, y unifica las diferentes atmósferas de los países más desemejantes por su naturaleza y su situación, así también lanzóse este pueblo sobre las antiguas naciones civilizadas, en sus días de madurez, y las invadió con el espíritu superior y tenaz que en él reconocemos. No quedó valla alguna, ni habitación alguna, por alejada que estuviese, cuyo camino no pudiesen encontrar los judíos. Lo que en nuestros días los distingue de los demás hombres, era ya su carácter peculiar hace 2.500 años; sólo que, en aquella época, los judíos eran más tolerables que hoy, después de su caída y su desgracia. En todos los puntos en que se establecieron, Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Roma, no tardaron mucho en excitar contra ellos, por su expansión increíble y su importunidad fatigante, de un lado, y la continua manifestación de sus convicciones, de otro, las más crueles persecuciones.

Su cohesión inaudita en todo el mundo, fué lo que particularmente los señaló á la atención de los pueblos en que vivían, y lo que despertó contra ellos el espíritu de intolerancia. Cuando un judío de las columnas de Hércules se encontraba con otro judío del Golfo Pérsico en el *kral* de un kan de Scitia, mostrábanse unidos en sus opiniones, en sus prácticas religiosas, en su manera de obrar. Así fué como los hijos de Israel pudieron ejercer, en detalle, mayor ó menor influencia en los medios en que vivían. Á veces no pudieron ejercer ninguna; pero, sea como sea, es un hecho cierto que, al finir la antigüedad, no había región alguna civilizada ni ciudad importante en que no se encontrase un pequeño grupo de adeptos internos ó externos de la religión judía. Los que vivían en un país tenían su mano á los hermanos del país vecino. En todas partes pensaban, hablaban y obraban del mismo modo, sin ocultar jamás á los extraños los principios morales que informaban su vida.

Compréndese así que se formase poco á poco cierto cosmopolitismo más noble, en contradicción flagrante con el mundo antiguo, y precursor á la vez del Catolicismo. El que imputase esto á los estoicos, olvidaría por un momento lo que un estoico era en realidad. Nosotros lo atribuiremos con más seguridad, en parte, al gran pensamiento político romano, y, en parte, á la influencia de las ideas provenientes del Judaísmo.

4. Pruebas sacadas de la historia.—Todo esto no descansa en simples conjeturas, sino en la verdadera historia. Flavio Joséfo reta á sus más encarnizados enemigos helenistas á que refuten, si pueden, el hecho audazmente sentado por él, á saber, que las ideas judías encontraron acceso en todas partes. «Que cada uno examine su casa y su patria, y encontrará gran número de ideas judías que en ella han adquirido el derecho de ciudadanía». ⁽¹⁾

Ahora bien, esta influencia se remonta á los tiempos más antiguos. Podría objetarse que los relatos sobre las relaciones de Pitágoras ⁽²⁾ y de Platón ⁽³⁾ con los judíos, descansan en la simple conjetura de que, en sus viajes al Oriente, viéronse obligados á encontrarse con ellos. La suposición según la cual Platón no viajó por Palestina, sino por Egipto, donde conoció las doctrinas de los judíos de aquel país, ⁽⁴⁾ ó también, la suposición, expresada de un modo completamente general, de que los conoció por la Sagrada Escritura, ⁽⁵⁾ es una prueba de que estos relatos no provienen simplemente de la imaginación, sino también de la tradición. Si fuesen pura invención, hubiérase cier-

(1) Josephus, *C. Apion.*, 2, 39.

(2) Hermippus, *Fragm.*, 2, 21 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 36, 41). Aristobulus apud Clem. Alexandr., *Strom.*, 1, 22, 150, et Euseb., *Præp.*, 9, 6, Joseph., *C. Apion.*, 1, 22. Clem. Alex., *Strom.*, 5, 5, 28 y sig. Origenes, *C. Cels.*, 1, 15. Porphy., *Vita Pythag.*, 11. Jamblich., *Vita Pythag.*, 3, 14, 15.

(3) Joseph., *C. Apion.*, 2, 16. Justin., *Apol.*, 1, 22, 25, 26, 27, 29, 32, 44, 59, 60. Clemens Alex., *Protr.*, 6, 70. *Pædag.*, 2, 1, 18. *Strom.*, 1, 1, 10; 19, 93; 22, 150. Origenes, *C. Cels.*, 6, 7. Euseb., *Præpar.*, 9, 6.

(4) Origenes, *C. Cels.*, 4, 39.

(5) Numenius, *Fragm.*, 7, 8, 9 (Müllach, *Fragm. philos. Gr.*, III, 165 y sig.). Euseb., *Præpar.*, 9, 7, 8; 11, 10, p. 527, a. Theodoret., *Affect. Græc.*, 1, 2, (Migne, *Patr. Gr.*, 83, 860, d).

tamente representado al ilustre filósofo asistiendo á una sesión del Gran Consejo, ó bien se hubiera hecho de él un discípulo de los fariseos.

Lo mismo puede decirse de la suposición referente á que Aristóteles se encontró en Asia con un sabio judío. ⁽¹⁾ Clearco de Soli, discípulo de Aristóteles, asegura igualmente que conoció á este judío, de cuya sabiduría y virtud hace extraordinarios elogios. ⁽²⁾ Lo que hay de ciertos es que, en aquella época, vivían los judíos en las grandes ciudades de Asia Menor, y hubiese sido muy extraño que no hubiesen sido descubiertos por un hombre como Aristóteles que tan desarrollado tenía el instinto de investigación.

En todo caso, lo que no admite duda es que, á mediados del siglo II antes de Jesucristo, los sabios judíos de Alejandría, primer teatro en que se concentraron todos los esfuerzos científicos de entonces, intentaron llenar el mundo con sus ideas. Poco importa que los ensayos de Aristóbulo y de Filón para fundir en una la sabiduría griega y la judía, hayan sido considerados, con razón, como sacrilegios no menos grandes que los actos de los Sumos Pontífices Jasón y Menelao, pues fueron siempre para los paganos ocasión de aprender ideas nuevas más elevadas y mejores. En cuanto al resultado de esta mezcla de religiones, es fácil de comprobar, ya que de las innovaciones que tuvieron lugar en Alejandría, nacieron el gnosticismo, el neopitagorismo y el neoplatonismo.

Pero en el centro del mundo, en la misma Roma, fué donde las ideas judías encontraron especialmente un acceso favorable. Desde hacía mucho tiempo, todos los cultos y todas las doctrinas secretas del Oriente dirigíanse á este centro. ⁽³⁾ Las medidas más rigurosas de gobierno fue-

(1) Theophrast., *Fragm.*, 151 (ed. Wimmer, p. 450). Porphyrius, *De abstin.*, 2, 26. Eusebius, *Præpar.*, 9, 2,

(2) Clearchus Solensis, *Fragm.*, 69 (Müller, *Fragm. hist., Græc.*, II, 323 y sig.). Joseph., *C. Apion.*, 1, 22. Clem. Alex., *Strom.*, 1, 15, 70. Euseb., *Præp.*, 9, 6.—(3) Hausrath., *Neutestamentliche Zeitgeschichte*, II, 71 y sig. Dellinger, *Judenthum und Heidenthum*, 622 y sig.

ron impotentes para contener aquella inclinación enfermiza de los sabios romanos, de apropiarse toda opinión y toda práctica religiosa, con tal que fuese nueva y extranjera. Aquí, la feria de novedades era todavía más grande ⁽¹⁾ que entre los griegos y los alejandrinos. Los judíos no hubieran sido judíos, si no se hubiesen aprovechado de la ocasión para difundir sus ideas, y los romanos no hubiesen sido romanos, si no hubiesen hecho todo lo posible para aceptarlas.

De hecho, los judíos y sus instituciones eran conocidos en todo Roma. Varrón, el más sabio de los romanos, se refiere expresamente al ejemplo de los judíos ⁽²⁾ para hacer más creíble su afirmación de que, en otro tiempo, los romanos tampoco tenían ídolos. Pronto veremos que gran número de otros escritores romanos se ocupan igualmente en las costumbres y en las ideas judías, ya en serio y con gravedad, ya con odio, ya con desprecio, lo que prueba que eran en Roma una potencia con la cual era preciso contar, y cuya influencia nadie podía desconocer. Y aun cuando entre estos autores se encuentran algunos que expresan sobre ellos juicios tan falsos, que dan ocasión á preguntar qué es mayor en ellos, si su ignorancia ó su complacencia en desfigurar las cosas, hay otros, como Juvenal, por ejemplo, que nos muestran que estaban perfectamente al corriente de sus costumbres. ⁽³⁾

Esto es fácil de comprender. El proselitismo de los judíos era tan desmesurado, molesto y ciego, que no sólo los autores paganos se expresan con cólera sobre este punto, ⁽⁴⁾ sino que también los condena el mismo Evangelio. ⁽⁵⁾ Desde la época de los Macabeos, había aumentado tanto, y revestía una forma tal, que todos lo desaprobaban. En tiempos de Juan Hircano y Aristóbulo, los idumeos ⁽⁶⁾ y

(1) Cf. *supra* 1, 2.

(2) Apud Augustin., *Civ. Dei*, 4, 31, 2.

(3) Juvenal., 14, 96 y sig. Cf. Strabón, 16, 2, 35 y sig.

(4) Horat., *Sat.*, 1, 4, 143; 9, 69 y sig. Persius, 5, 179 y sig. Dion Cass., 37, 17; 67, 14. Cf. Jos., *Vita*, 23.—(5) Matth., XXIII, 15.

(6) Joseph., *Antiq.*, 13, 9 (17), 1.

los itureos ⁽¹⁾ fueron constreñidos por la fuerza de las armas á abrazar el Judaísmo. Más tarde, obligados por las circunstancias, abandonaron los judíos este medio de conversión, y se sirvieron de los espirituales para hacer prosélitos. Pero, tampoco, desde este punto de vista, se mostraron muy cohibidos, y muy pronto hicieron su composición de lugar. ⁽²⁾ Basta considerar la tenacidad, única en su género, con que el judío persigue el plan que ha concebido, su habilidad inimitable para difundir una opinión y hacerla adoptar, y su talento innato para insinuarse allí donde una vez ha puesto sus ojos, y se comprenderá que los antiguos nada inventaron cuando nos refieren el arte maravilloso con que se desarrollaba aquella propaganda judía. Este carácter judío es exactamente el mismo que el que la historia de la Edad Media nos refiere, con relación á sus correligionarios de aquella época, cuando trataban de conquistar todavía una situación excepcional en la sociedad, ya en la corte de los príncipes cristianos, ya en la de los califas mahometanos. Es el mismo talento de que dan todavía pruebas en la redacción de un periódico, en la colonización de una ciudad importante, en la posesión de una red de ferrocarriles, en sus disposiciones para ingerirse en la potencia económica de un Estado ó en la constitución de una fortuna. Ya en la antigüedad, comprendían á maravilla estas últimas cosas; sólo que entonces eran el pueblo elegido, los herederos de la verdad, por lo que dirigían más particularmente su atención y su arte á la expansión de sus ideas. ⁽³⁾ Por numerosos que fuesen los aspectos oscuros en su carácter, por rápidamente que corriesen á su ruina, poseían el conocimiento del verdadero Dios y de la verdadera sabiduría, que consistía en servirle. Mostrábanse también orgullosos de esta posesión y hacían toda clase de esfuerzos para convertir á los demás hombres en semejantes suyos, ó para persuadirlos que les eran muy superiores por su fe

(1) Josef., *Antiq.*, 13, 11 (19), 3.

(2) *Ibid.*, *Vita*, 23.

(3) Champagny, *Rome et la Judée*, (4), I, 122 y sig.